

ORACION 2

Parte 65

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar.” (Efesios 6:18-20)

En la lección anterior compartí un poquito de mi historia con la oración, algunos de mis malentendidos y suposiciones, y luego, unas pocas cosas que creo que he llegado a ver con un poquito de más claridad estos últimos años. La conversación sobre la oración fue provocada por la declaración que hace Pablo en nuestro pasaje de Efesios 6.

Permítame decir unas pocas cosas a manera de recordatorio de lo que hablamos en la lección anterior, y luego voy a continuar donde quedamos. Mencioné que tarde o temprano la cruz va a demandar nuestro entendimiento de la oración. La cruz viene y toca la puerta de nuestra mente ciega y no renovada, y exige que entreguemos nuestras ideas acerca de la oración. No sólo de la oración, la cruz exige que entreguemos nuestras ideas acerca de todo. De hecho, la cruz exige la completa rendición de nuestra vida...junto con todas nuestras ideas.

Hay algunas áreas donde estamos más dispuestos a responder al llamado de la puerta que en otras. Es decir, hay áreas donde somos más rápidos en permitirle a la cruz que corte los lugares donde tenemos condenación, confusión o preguntas. Pero donde creemos que sabemos algo, o que tenemos algo, no le permitimos a Él hablarnos con la “espada de su boca”. (Apocalipsis 2:16) Aquí Jesús está hablándole a Su iglesia de la necesidad de que los visite con la “espada de Su boca”. ¡Me encanta este lenguaje! Su Palabra viene como una espada que corta todo lo que no es Cristo. En otro lugar de Apocalipsis, Jesús es pintado cabalgando en un caballo con una espada que, literalmente, sale de Su boca. La verdad de Su Palabra, Su perspectiva, es lo que corta todo.

Estoy diciendo que nosotros debemos permitirle a Él cortar. Debemos darle lugar en nuestra alma para cortarlo todo, incluyendo nuestro concepto de oración. ¿Por qué? Bueno, Pablo nos dice en Romanos 8 que nosotros no sabemos orar. Y no es porque no conozcamos la terminología correcta. No es porque necesitemos ser instruidos en los métodos de oración, o en las cosas sobre las cuales orar. El problema es mucho más serio que eso. Nosotros no sabemos orar, porque no sabemos qué es la oración, no conocemos el nombre, la vida y la naturaleza de Dios en la que debemos aprender a orar, y porque por naturaleza, vivimos, pensamos y oramos en nuestro propio nombre.

Esto es lo que estaba tratando de describir en la lección anterior. No estaba diciendo todo eso para que dejáramos de orar, lo estaba diciendo para que dejemos al Espíritu de Dios tratar con nuestros corazones acerca de la naturaleza y realidad de la oración. Todos necesitamos desesperadamente esto. He aquí un hecho, a menos que usted y yo le permitamos a la cruz de Cristo destruir progresivamente nuestro nombre, nuestra naturaleza, nuestra vida, nuestro pensamiento, nunca comprenderemos la grandeza de orar en Su nombre. Su nombre no se mezcla con el nuestro. Es un nombre totalmente distinto y perfecto. Es un nombre que Él comparte con nosotros y escribe en nosotros. Es un nombre en el que nos permite orar, pero no es nuestro nombre por naturaleza. Es más, nuestro nombre natural es enemistad contra Él.

Por tanto, experimentar la obra interna de la cruz no es una opción si vamos a aprender a orar en Su nombre. El cristianismo, como hemos dicho en muchas ocasiones, es Vida. Dicha Vida es la Vida del Hijo de Dios viviendo en nosotros. Dicha Vida tiene una naturaleza, carácter, voluntad y mente asociada a ella. En otras palabras, dicha Vida viene con un nombre. El nombre es lo que Dios entiende que es la vida. El nombre es cómo Dios reconoce a Su Hijo. Y cuando oramos en ese nombre, oramos de acuerdo a la mente, naturaleza y vida de Cristo. Cuando oramos en Su nombre, oramos como los que no tenemos otro nombre.

Eso es lo que significa orar en fe. Santiago habla de la oración de fe y que dicha oración es efectiva. Jesús también habla de orar en fe. En nuestras Biblias la palabra en griego fe, algunas veces es traducida como creer, lo cual, desafortunadamente, evoca una imagen diferente para muchos de nosotros. Cuando pensamos en orar y en creer, pensamos en tratar de imaginar con vehemencia que vamos a obtener lo que estamos pidiendo. Pensamos en tratar con fuerza, sin lugar a dudas. Pero la oración de fe no funciona de esa manera. Es orar en un nombre diferente, desde una fuente diferente, en una mente diferente. Sus dudas son excluidas porque usted es excluido, y es por eso que la oración de fe es eficaz.

Orar en fe no es tratar de forzarnos a nosotros mismos a tener expectativa en un determinado resultado. Es muy diferente a eso. Tiene que ver con vivir, ver y tener expectativa de la provisión que Dios nos ha dado en y como Su Hijo. Hablaré más de esto en un momento, porque quiero asegurarme que entendemos la necesidad de dejar ir nuestras ideas acerca de la oración, dejar ir nuestro nombre, entregarlo a la cruz, para que la oración pueda ser definida en nosotros por otro nombre.

Durante la mayor parte de mi vida la oración sirvió de dos formas. La primera era, para tratar de mover la mano de Dios de manera que me beneficiara a mí como individuo. La oración era una versión cristiana de un genio en una lámpara. Es una manera muy fea de decirlo, pero en realidad, no era muy diferente a eso. La segunda era (y probablemente la más importante para mí), por la manera en que me sentía acerca de mí mismo, fueran o no respondidas mis oraciones. Yo quería ser un “hombre de oración”. Bueno, en realidad, yo quería ser conocido como un hombre de oración, incluso si Dios nunca hubiera respondido una sola oración. Me

avergüenza decir que yo habría estado muy contento, sólo por ser conocido como un hombre de oración.

¡Patético...lo sé! ¡Embarazoso, pero cierto! ¡Así es como somos! Estoy admitiendo mis motivos, para que usted pueda dejar ir los suyos. Me estoy descubriendo a mí mismo, para que usted no se avergüence de descubrir su corazón junto conmigo. Enfrentémoslo juntos. Hemos orado en nuestro propio nombre. Hemos orado en pro de nuestra propia vida, propósito, voluntad y beneficio. Hemos usado una versión imaginaria de la oración para mejorarnos a nosotros mismos, en lugar de usar el don de la oración para participar en el eterno propósito de Dios. Me siento bien al decir esto de mí mismo, no tengo mayores expectativas de mí en estos días. No es sólo lo que hago, es lo que soy.

Pero no ocurría lo mismo con Pablo. Concluí la lección anterior compartiendo algunos pensamientos acerca de lo que creo que era la oración para el apóstol Pablo, y para cualquier hombre o mujer que llegue a conocer y a permanecer en el nombre del Señor. Creo que para Pablo la oración era como respirar; respiración espiritual. Creo que el peso y la realidad de la obra de Dios consumada en Cristo presionaban el alma de Pablo. Ese hombre era constreñido por la verdad, era aplastado por el peso de la verdad, y la oración era el resultado.

En un mundo lleno de la muerte y ceguera adámica, en un mundo que se está asfixiando con la contaminación de nuestra caída y hostilidad hacia Dios, la oración era como Pablo respiraba. Él respiraba en la verdad tal como está en Cristo. Respiraba la mente del Señor, la provisión del Señor para la iglesia celestial. La oración era la constante vida de fe de Pablo, un constante proceso de unión y comunión con la Realidad, Vida y Propósito. La oración no era sólo algo que Pablo hacía, era algo que Cristo llegó a ser en Pablo. Él vivió la oración, porque la oración era la conexión de Pablo con la vida y propósito de Dios.

No me malentienda. No fuerce una definición religiosa de la oración en las cosas que estoy tratando de describir. No estoy diciendo que Pablo fuera un hombre poderoso en disciplina espiritual, no. No hay disciplina involucrada en este tipo de oración. Esta oración es la oración de fe, la oración del verdadero ver, la oración que es constreñida por los ojos de Dios.

Si usted tuviera un hijo o un ser querido que repentinamente estuviera en una situación de peligro, tal vez, un niño que se apartó de su vista y un vecino lo ve parado en medio de una carretera transitada, su deseo, voluntad y oración a favor del niño no es un asunto de disciplina. Usted no necesita forzarse a sentarse y orar 15 minutos. Los deseos, cargas y propósitos que obran en su corazón le son dados por la consciencia de la situación. ¡La realidad constriñe su voluntad! ¡La realidad define su deseo! ¿Lo ve? Este es un ejemplo natural, pero el reino natural lleva esta sombra. Una sombra en la que podemos ver que la realidad, la verdad, la perspectiva crean en nosotros carga, voluntad y oración.

Por tanto, la oración viene de Dios. Estamos acostumbrados a pensar de Dios como el receptor de la oración, pero Él es el verdadero autor. Él es el origen, el medio, el receptor y la

provisión. Dios es todas las cosas de la oración. Nosotros pensamos que somos el origen, que nuestras palabras son el medio, que Dios es el receptor y que la provisión son cosas. Tenemos 1 correcta de 4, pero Dios es las cuatro.

De suma importancia para nuestro tema ahora, es que Cristo es el origen y la vida de toda oración. Amigo, es así con todo en el cristianismo. Cristo es su vida, y por lo tanto, todo lo que haga como cristiano debe ser algún tipo de expresión del Cristo que habita en su interior. Eso es cierto de la mente que obra en nosotros, naturaleza, voluntad, ministerio y oración. De usted no proviene nada espiritual. Sé que suena increíblemente simple, pero es pasado por alto y completamente ignorado por casi todo el mundo. Usted no es el origen de algo espiritual, y por consiguiente, de nada espiritualmente real o de valor. ¿Puede manejar esto? Esto es cierto, sea que pueda o no pueda manejarlo. Cristo es hecho para usted y para mí todas las cosas de relevancia espiritual.

Yo puedo hacer muchas cosas como hombre natural en un planeta natural. Hay algunas cosas que puedo hacer realmente bien, pero no puede hacer absolutamente nada que sea espiritual, ni bueno ni malo. No puedo hacer nada. Separado de Él no puedo hacer nada. Nada bueno, nada relevante, nada importante, nada significativo, nada que tenga propósito. Separado de Él, soy completa y totalmente vanidad. Todo debajo del sol apunta hacia algo significativo...todo debajo del sol, todo lo creado apunta hacia algo que es real, significativo y eterno. Pero nada debajo del sol tiene significado, importancia, capacidad o propósito en sí mismo; es perfectamente inútil. Todo debajo del sol es vanidad. Salomón lo vio y escribió de eso, pero eventualmente volvió su corazón a la vanidad que había visto.

Estoy tratando de decir algo de la oración, pero es más grande que la oración. Estoy hablando de la vanidad suya y mía. ¿Puede usted aceptar que todo debajo del sol es vanidad? ¿Que usted y su mundo son perfectamente irrelevantes para las cosas espirituales, a menos y hasta que Cristo sea el origen, vida, función, realidad y propósito de todas las cosas? Déjeme decirle que la oración no comienza realmente, hasta que usted haya aceptado esto. Hasta que veamos y aceptemos esto, la oración siempre será algo en nuestro nombre y para nuestro mundo.

Pero se nos ha dado el don de la oración. El don de la oración es parte de nuestra relación con Dios en Cristo. Puede que no sepamos cómo aprovecharnos de ella, pero no es algo separado de Cristo. Es el Espíritu de Cristo, quien es nuestra vida, el que obra en nosotros de acuerdo a Su voluntad y Su nombre. No hay nada que se ore en el nombre de Cristo que no sea concedido, porque Cristo representa perfectamente la voluntad del Padre. Esta es la razón por la que Jesús dice esto en Juan 15, *“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”*. En otra parte de este mismo discurso Jesús dice varias veces: *“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”*. Esto es a lo que creo que Pablo se refiere en Efesios 6 cuando habla de orar en el Espíritu. Judas menciona la misma terminología y Santiago lo llama “orar en la voluntad de Dios”.

Bien...pero también quiero decir unas pocas cosas acerca de cómo responde Dios la oración. En mi corazón empecé a ver a Cristo como el origen de la oración antes de empezar a comprender a Cristo como la respuesta de toda oración. ¡Él es ambos! Él es la fuente de toda oración que es ofrecida en Su nombre, y es el suministro mediante el cual todas las oraciones tienen su respuesta. Hace uno o dos años leí un artículo de James Fowler donde dice algo que el Señor realmente iluminó en mi corazón. Él escribe lo siguiente:

“La respuesta a nuestras oraciones será la manera en la que Dios quiere aplicar la vida de Jesucristo a una circunstancia particular...La provisión completa de Dios para el hombre es en Jesucristo. Dios no tiene nada más que dar que lo que ha dado en Jesucristo”.

Y luego cita al famoso teólogo Karl Barth:

¿Qué no tiene el cristiano, de qué puede carecer, cuando puede tenerlo a Él? ¿Qué puede perturbarlo, estorbarlo, confundirlo o devastarlo en la vida como cristiano, cuando puede vivir con Él, en comunión con Él? ¿Qué necesidad no está ya satisfecha en Él, qué dificultad no está ya eliminada en Él, qué ayuda no está ya presente en Él, qué palabra de consuelo que necesite no está ya dicha en Él, qué dirección que espera no está ya dada en Él? En Él, el cristiano ya ha alcanzado, ya está en la meta, y puede mirar hacia atrás y hacia abajo todas sus angustias como ya aliviadas. ...(pero el) cristiano no se ha dado cuenta aún, en qué plenitud está ya presente y a la mano el don divino y la respuesta, con qué gozo puede acogerse a ella, y en qué agradecimiento puede reconocer el hecho”. (*Church Dogmatics* pg. 273)

Lo que ambos hombres están diciendo es, muy sencillamente, que cuando Dios responde nuestra oración, nos muestra una mayor perspectiva de Su Hijo. Nuestras necesidades, nuestras verdaderas necesidades, brotan de nuestra ceguera y muerte en cuanto a lo que Dios nos ha suplido en Cristo. Nuestra respuesta, la verdadera respuesta, es hallada en la comprensión del corazón y en la experiencia del alma de lo que Dios ha suplido para nosotros en Su Hijo. No hay nada fuera de Cristo que Dios nos haya dado. Con una clara perspectiva, no hay nada fuera de Cristo por lo que se nos ocurra pedir.

Pensamos que queremos cosas buenas, pero cada vez que vemos con claridad...lo que realmente queremos es experimentar a Aquel a quien todas las cosas buenas señalan. Pensamos que queremos ser aceptados en nuestra carne, pero en una clara perspectiva eso desaparece y lo único que queremos es ser hallados y aceptados en Él. Pensamos que queremos un propósito para nuestras vidas, pero la Luz nos mostrará algo mayor que un propósito individual y terrenal. Pensamos que tenemos un problema, pero una verdadera perspectiva de Él es mejor que arreglar un problema, nos aleja de él.

No estoy sugiriendo que Dios no atiende nuestras necesidades y que no nos ayuda en nuestras circunstancias naturales a veces. Pero aún con estas cosas, lo que Dios nos da es algo más que el desbordamiento de lo que es Cristo. Si un cuerpo se cura, se cura por la vida

de Cristo que se desborda en la tierra. Si una circunstancia cambia, cambia por traer a Cristo a la situación; la perspectiva, provisión o poder de Cristo. Mire cómo describe Pablo la oración por su liberación:

Filipenses 1:19, “Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación”.

Esto es lo que estoy diciendo, Dios nos ha dado todas las cosas en Su Hijo. No hay nada más que usted necesite. Déjeme tomar un momento para mirar un versículo que a menudo es malinterpretado, mal traducido y malentendido. Es Romanos 8:32, y en la mayoría de las traducciones se lee así: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Con frecuencia nosotros hacemos un par de cosas muy tristes con este versículo. Primero que nada, traducimos o interpretamos el tiempo en el verbo “dar” como un evento futuro, en lugar de entenderlo como una declaración enfática presente. Cualquier libro de gramática griega nos dará un sinnúmero de ejemplos de este tipo de sintaxis en el Nuevo Testamento. Es como mirar a su niño que acaba de salirse de la cama por enésima vez y decirle: “¡Irás a la cama ahora mismo!” Cuando yo le digo esto a mi hijo, él no piensa que debe ir a la cama algún día en el futuro, él sabe que me refiero a “ahora mismo”. Si yo dijera: “Si usted comprara una nueva computadora, tendrá instalado Windows Vista en ella”. ¿Es esto algo que va a suceder en el futuro? NO. Es una declaración enfática del ahora. En inglés, griego y español...una persona usa las formas futuras para mostrar énfasis.

Ese es el punto de Pablo aquí. Él está diciendo algo como: “Miren, si ustedes tienen una computadora nueva, ¿cómo no van a tener todos los programas que vienen con ella?” “Miren, si Dios no escatimó a Su único Hijo, sino que lo ha dado, de hecho, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?” ¿Ve lo que está diciendo?

Y así, lo que nosotros usualmente hacemos es, o hacer de “todas las cosas” algún tipo de experiencia futura, o en segundo lugar, hacer de “todas las cosas” algo separado de Cristo. Es como decir: “Dios nos dará a Cristo...pero también nos dará un carro nuevo”. “Mire, si Él le dio a Cristo, ¿por qué le negará el iPhone?” ¡Pero eso es una tontería! La razón por la que estoy haciendo tanto comentario acerca de este versículo, es porque tiene que ver con la oración. Dios nos ha dado todas las cosas en Cristo; en Cristo y como Cristo. Cristo es hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Todas las promesas son sí y amén en Él. Todas las bendiciones son nuestras en Él. Dios no nos dio a Cristo para que a través de Cristo pidiéramos algo más. Dios nos dio a Cristo, porque en y como Cristo, proveyó todas y cada una de las cosas que puede dar y le dio al alma humana.

En un sentido muy real, la oración llega a ser nuestro acceso a lo que Dios nos ha dado en Cristo. Esto es un poco nuevo para mi corazón, y por lo tanto, es difícil de describir. Pero he llegado a ver la oración como una especie de medio por el cual tomamos lo que Dios ofrece.

Dios ofrece la persona, provisión y posición de Cristo. Dios nos ofrece, como una extensión constante y permanente de Sí mismo a nuestra alma...todo lo que Cristo es y tiene. Usted sabe que no estoy hablando de que nosotros llegamos a ser Cristo o divinos. Estoy hablando, primero que nada, de Dios llevándonos al Hijo mismo, y luego, permanentemente extendiendo hacia nosotros una continua y cada vez mayor experiencia de Jesucristo.

La oración acepta esta oferta, no “orar”. Cuando usted me ve usar la palabra “oración” aquí, por favor no meta su viejo entendimiento de la oración. De nuevo, estamos hablando de la unión y comunión viva con Dios que es por medio de Su Espíritu y de acuerdo a Su mente. Estamos hablando acerca de nuestros corazones volviéndose, viendo, recibiendo y pidiéndole a Dios una experiencia plena de lo que Él ha dado en Cristo.

Yo veo la fe como parte de la oración. Estamos acostumbrados a hablar de fe como aquello que tiene acceso a la gracia, en la cual, estamos firmes. Esto es definitivamente cierto. La oración para mí es esa actividad en la que nos volvemos a la fe y nos asimos a ella. De hecho, si yo fuera a describir la oración en cuatro palabras, esas cuatro palabras serían, volver, ver, velar y obedecer.

Dios nos ha dado todas las cosas en Cristo. Nosotros volvemos el corazón, nos volvemos para verlo a Él. Nos aferramos a esa visión y velamos, no vemos para otro lado. Nos pegamos a lo que la fe ve, y obedecemos lo que la fe ve. No en una obediencia externa a palabras y mandamientos, no estamos en el Antiguo Pacto. Nuestra obediencia es el alineamiento interior del alma, la sumisión a la verdad y el rendimiento de nuestra alma al Espíritu de Verdad que mora en nosotros; un profundo sucumbir a Su realidad. La oración se conecta ahí; la oración se vuelve ahí, se conecta ahí, ve ahí, vive ahí.

La oración es como conectar una manguera, ella nos conecta mediante la fe a Su fuente. Sin una manguera o tubería no podemos tomar de Su provisión. Es como una manguera que sale de Su ámbito para entrar en el nuestro. Una manguera que sale del cielo para entrar en la tierra. Sé que suena extraño. Estoy tratando de describir una perspectiva de la oración que creo que es más real que cualquier cosa que haya visto antes. ¡Dios ha dado, la oración es que recibamos! Dios ha dado vida en Su Hijo, la oración involucra conectar la manguera, y velar es la manera como la mantenemos.

Notará que en las Escrituras a menudo se nos dice que velemos en oración; que nos mantengamos velando, alertas y sobrios. Incluso en los versículos de esta lección, Pablo nos dice que velemos en oración. Creo que se debe a que nosotros realmente no conocemos qué es la oración, ni entendemos esta palabra “velar”. Nos preguntamos: “¿Para qué estoy velando? ¿Para algo que está a punto de suceder?” Pablo le dice al pueblo que vele en oración, y la iglesia hoy asume que está hablando de un evento físico y natural que está a la vuelta de la esquina. ¡MANTÉNGASE VELANDO! ¿Qué significa eso para nosotros? ¿Mirar por la ventana? ¿Cómo voy a mirar por la ventana cuando estoy orando? ¿De qué está hablando esto?

Si Pablo estuviera hablando de velar por causa del fin del mundo, o un evento escatológico, entonces, ¿qué de los últimos 2000 años de cristianos? Supongo que no hay nada por lo que ellos velen. Nosotros somos la única generación que vela por estas cosas físicas. Espero que este entendimiento le parezca bastante tonto. Pero si existe una verdadera oración, una oración que habla de volverse y ver, entonces velar repentinamente tiene mucho sentido. Velar implica permanecer en esa perspectiva, sostenerse firmemente en la luz; volverse, ver y estar firme. Necesitamos estar en oración siempre, así lo dice Pablo. Orar sin cesar, en efecto, pero también estar alerta. Velar, porque usted sabe que el mundo, la carne y el diablo son como la fuerza de la gravedad para nuestra mente natural. Ellos atraen nuestra atención, nuestra visión, nuestra consciencia de regreso a la tierra. Ellos afectan el corazón, lo vuelven de la oración en Su nombre al nombre más familiar, nuestro nombre.

Déjeme añadir muy brevemente, que el “Padre nuestro” se le dio al Israel del Antiguo Pacto. Fue enseñado a los discípulos antes de la cruz, antes del Nuevo Pacto. No estoy diciendo que sea obsoleto, sólo que ha sido cumplido. Es dado en el lenguaje de tipos y sombras, provisión y pacto natural. Está cumplido, como todas las cosas lo están, en el espíritu y verdad. Jesús les enseñó a orar de acuerdo a sus necesidades, y de acuerdo a la provisión y deseo de Dios. Pero ahora, en el Nuevo Pacto, el deseo de Dios ha sido cumplido. Nuestra necesidad es mayor y la provisión de Dios también.

Lo que quiero decir, simplemente es, que en el Antiguo Pacto ellos se relacionaban con Dios de acuerdo a un reino natural en la tierra, un cielo y una tierra viejos, el pan de cada día y la provisión para la nación de Israel, el perdón que fue establecido en los tipos y sombras en sacrificios y ofrendas. Estos son los elementos del “Padre nuestro”. Pero ahora, en Cristo, todos los aspectos de esa oración se han convertido en una provisión de Dios mucho mayor. En otras palabras, Él ha establecido el reino que es hecho sin manos, Su reino es Su reinado, y dicho reino está dentro de nosotros. Él ha hecho un nuevo cielo y una nueva tierra en Cristo, y ahí es donde hemos ido a morar con Él. Él es el pan de vida y la provisión para nuestro pacto. En Su sangre, y no en la sangre de los machos cabríos, tenemos tanto perdón de Dios como de unos a otros.

La oración el “Padre nuestro” sigue siendo una maravillosa oración, pero es maravillosa no sólo como modelo para nuestras palabras, sino porque nos dirige a una variedad de maneras en las que necesitamos a Cristo como la provisión de Dios para nuestras almas.